

Discurso de bienvenida, pronunciado por el Dr. Luis Castelazo Ayala, Presidente de la Academia Nacional de Medicina, en la sesión solemne de recepción de nuevos académicos, el 15 de junio de 1966

Señor Secretario de Salubridad y Asistencia,
Distinguidos invitados de honor,
Señores Académicos,
Señoras y señores:

AL IGUAL QUE todos los años, la Academia de Medicina celebra —con expresiones jubilosas que en nada menoscaban la austeridad de su recinto y sus principios— el ingreso de nuevos médicos y les confiere la investidura de su membresía a través de la entrega de sus insignias distintivas. Como todo lo que hace en actos representativos hacia sus socios, esta ceremonia es sólo un símbolo, una manifestación en sí misma de apariencia superflua, de algo que posee un contenido de verdadera trascendencia. Constituye prácticamente la única formalidad que conserva nuestra agrupación, después de haber ido prescindiendo, en el curso de las últimas décadas, de todo el aparatoso ceremonial de otras edades que el devenir del tiempo y la inclemencia del realista progeso, que todo simplifica, fueron transformando en oropel sin objetivo.

La ocasión lo merece. Para la Academia significa el fenómeno de la vida, la aportación del material que la compone y que ha de recibir de afuera para garantizar su subsistencia; significa renovación, ímpetus jóvenes que mantienen el nivel de su actividad dentro de lo deseable, sin dejarla empolvarse demasiado, dinámica en la acción que la hace permanecer en contacto con los alrededores sin perder sus elevados atributos como corporación a los que recién se ha referido el Maestro Fournier, pero sin dejar que suba tanto que se desprenda de las realidades ambientales; significa penetración, trascendencia en el medio, del cual pretende recoger lo mejor para verter después, a la ciencia médica del país y a quienes la ejercitan en todas sus escalas, el fruto de su trabajo interno. La Academia no atesora, no debe atesorar para sí misma la valiosa producción que le permite el estar constituida por grupos selectos de todas las especialidades médicas y sus afines, sobre todo si se tiene en cuenta que esa producción no sólo está constituida por la suma aritmética del rendimiento individual de cada socio,

sino también —y esto es lo más importante porque constituye su responsabilidad esencial ante el mundo— por valores culturales y científicos que sólo se producen en la actuación organizada y armónica del conjunto.

Esta centenaria Corporación, exigente a la medida de lo humano para admitir a nuevos integrantes, celosa del buen nombre que como inviolable legado se han ido transmitiendo las sucesivas generaciones de académicos, ha tropezado en algunas etapas de su historia —y ahora enfrenta la cuestión en forma aguda— con el problema de adecuar el número y la calidad de sus socios a la capacidad



Académicos numerarios de nuevo ingreso.

del medio para crear individuos con atributos para serlo. El equilibrio armónico entre la severidad para la selección de ingreso, la rigidez del número fijo de sitios que no fácilmente admite variaciones, los mecanismos de desocupación de los sitios y las realidades en cuanto a formación de científicos con inquietudes y aspiraciones académicas, factores todos que condicionan los resultados del problema, ha de constituir la base para mantener la fórmula que siga sustentando la estabilidad y prestigio de la Corporación. Por eso se regocija ahora de poder recibir a los nuevos valores que hoy ingresan, pues ello le da oportunidad, como cada año, de aproximarse a ese equilibrio estable tan deseado, pero es evidente

la necesidad de una revisión que actualice conceptos en las categorías de sus socios y en los procedimientos para incluir la mejor calidad y el número adecuado de académicos en su seno.

La actual promoción de Socios Correspondientes Nacionales —con mucho la mayor que ha tenido la Academia en lo que va del siglo— traduce por su número y por su calidad esa inquietud que ya hemos apuntado en varias ocasiones anteriores, por integrar lo mexicano borrando las injustas diferencias entre los valores del centro y la provincia, sobre todo en organismos que, como el nuestro,



Académicos correspondientes de nuevo ingreso.

ostenta la palabra "nacional" en su nombre oficial. Sujetos a los mismos ordenamientos restrictivos de ingreso que los socios radicados en la ciudad de México, ha de lograrse para ellos en un futuro próximo hacer desaparecer distingos que afecten características no relacionadas con el lugar de residencia y que si alguna vez aparecieron razonables, en la actualidad son evidentemente inoperantes. Son ellos los elementos que, recorriendo un camino en general más plagado de abrojos por disponer de condiciones menos favorables que las del centro para desahogar sus inquietudes académicas, han de mantener unido el pensamiento científico en este nuestro país lamentablemente macrocéfalo, los vectores de lo bueno en

ambas direcciones, la fuerza de promoción en su lugar de origen para cultivar el ambiente académico y elevar el nivel del ejercicio médico, los pilares del prestigio de la Academia en el concierto nacional, la voz de lo distante, en síntesis que con pleno derecho reclama la consideración de su presencia y que en algunos casos se ha apartado a fuerza de no ser escuchada.

Para los médicos que ahora ingresan a la Academia, tiene también seguramente un simbolismo especial esta ceremonia. Con estricta justicia han aspirado todos, Numerarios y Correspondientes, a formar en las filas de este grupo científico y su ilusión encuentra ahora su meta. Llegan con el bagaje de méritos logrados en la lucha por significarse como profesionistas de ideales superiores: saber más, prevenir la enfermedad, curarla si ya existe, enseñar a otros la ciencia y la experiencia, inquirir en su rama sobre elementos que la mente del hombre desconoce, etc. Han cubierto una etapa más en el recorrido ascendente de su vida pública y observan satisfechos su triunfo actual. Saben bien —porque todos son hombres de actualidad y de talento— que cada etapa que se cubre y cada peldaño que se asciende amerita más la consideración de lo que falta para alcanzar la verdadera altura, que el juicio —fatalmente contaminado de vanidad insana— sobre lo que se ha logrado, que el ser académico no es un premio que se otorga, que la selección de que es triunfante objeto lo distingue, sí, pero sólo para trabajar más en una institución que pretende servir mejor y que por su alto rango exige lo más puro de sus cualidades y la mayor fidelidad a sus principios. Saben que los lauros dan gloria sólo al paso de los merecimientos positivos, que la jerarquía natural otorga responsabilidades muy superiores a medida que asciende y que los valores se demuestran con hechos. Se abre ahora una puerta para estos nuevos socios que da entrada a un recinto espacioso en donde alternan la seca austeridad con la alegría jovial en una atmósfera de dignidad severa. En él los esperamos jubilosos, como antes digo, con los brazos y el corazón abiertos a sus virtudes, con la fe y la esperanza de todos puestas en sus capacidades y en sus bríos y con la convicción más absoluta de su respuesta digna. Que estén siempre a la altura de su misión, que sean caudillos del bien y la cultura, que sorprendan por su creatividad y espíritu académico a las generaciones que los antecedieron y orienten con su ejemplo a los que contemplan desde abajo, que sirvan de estímulo para una y para otras, que inunden su conciencia con el deber de servir a la comunidad y la convicción de que nada debe eximirlos de producir algo más que el trabajo científico y de que “la lealtad en el servicio comienza por mantener la capacidad de prestarlo”; que huyan del displicente conformismo y luchen vigorosos contra injustos obstáculos que se opongan a la divulgación de la ciencia y el pensamiento noble; que sean, en suma, grandes y fieles exponentes de la Corporación al servicio de nuestra causa. Bienvenidos, señores Académicos.